

más bien, tras medio siglo de lecturas partidistas, de enfocar la obra en su originalidad como verdadera-falsa –en el sentido en que Louis Aragon definía la novela como el «mentir verídico»– teoría del totalitarismo, tan o más influyente que los análisis de Hannah Arendt o Von Hayek al respecto.

De hecho es precisamente la potencia novelística de Orwell lo que ha permitido que *1984*, contrariamente a los ensayos de Burnham en los que se inspiró, haya trascendido su propia época y expresado, por encima de los avatares históricos que presidieron a su redacción, una lógica del horror que nos sigue perturbando hoy en día.

Como en toda distopía –o utopía inversa–, el narrador desvela paulatinamente los entresijos del mundo de ficción narrado. La estructura iniciática de la novela se articula en torno a la búsqueda existencial de su protagonista, Winston Smith, constituyendo un *Bildungsroman* apocalíptico, un descenso al infierno de la sociedad oceana.

Retomando el régimen hermenéutico de la ciencia-ficción, el lector trata de encajar en un modelo inteligible los indicios y *novums* extraños que se acumulan desde la sorprendente frase inicial: «Era un brillante día frío de abril, y los relojes tocaban las trece» (5). Se suceden así las referencias al omnipresente Ingsoc (término de «novlengua» para designar al socialismo inglés) y a los amenazadores ministerios, referencia al colosalismo moscovita de Stalin y al «doblepensamiento», siendo la Verdad, la Paz, el Amor y la Abundancia tergiversaciones de la Propaganda, la Guerra, la Represión y el Racionamiento.

El pacto de lectura presupone así un juego permanente entre el reconocimiento de elementos pertenecientes al mundo de referencia del lector –la geografía londinense, por ejemplo– y el extrañamiento de dichos elementos –Londres pasa a ser capital del Airstrip One, la tercera región más poblada de Oceania. Este juego implica totalmente al lector en la construcción interpretativa del mundo de ficción, a la vez que le obliga a observar bajo un ángulo nuevo su propio marco de referencia, superando en eficacia cualquier tratado teórico sobre el totalitarismo. En paralelo, el juego de la ficción quintaesencia la experiencia totalitaria, abstrayéndola hasta conseguir un «tipo ideal» weberiano que permite al lector una aproximación casi fenomenológica, tanto del sistema como de su víctima.

Siguiendo la estructura de distopías como *Nosotros* de Zamiatin, con la que comparte muchos aspectos ya estudiados por Deutscher (Traverso, 548-563), el protagonista y el lector llegan, tras una ardua búsqueda, a un momento de elucidación del extraño mundo de ficción. Significativamente es a través de un libro cómo Winston –y con él el lector– descubre la lógica perversa del sistema, llevando el juego de la intertextualidad hasta

incluir en la obra cincuenta páginas del supuesto tratado de E. Goldstein *Teoría y práctica del colectivismo oligárquico*. La ficción parece eclipsarse entonces frente al ensayo o la novela de tesis: el análisis del supuesto Goldstein es un verdadero tratado teórico sobre el totalitarismo, cuyos ecos trotskistas han sido resaltados por la crítica –de hecho, el personaje de Goldstein ocupa en la mitología política oceana el lugar atribuido al casi homónimo L. Bernstein en el sistema estalinista, «enemigo del pueblo» por excelencia.

Más que las teorías trotskistas de la «revolución confiscada», del «colectivismo burocrático» y del «fascismo rojo», son los análisis de Burnham los que se hallan aquí transcritos en una relectura crítica ya anunciada por varios artículos de Orwell relativos al autor de *The Managerial Revolution* y *The Machiavellians*. Analizando la crisis del capitalismo así como la del socialismo –al emerger un sistema de clases en la Unión Soviética de los *aparatchiks*– Burnham diagnostica la emergencia de una sociedad del *management*, ya sea tecnocrática, fascista o soviética. Los *managers* de Burnham constituyen una nueva élite, casi una casta sacerdotal, que busca «la organización de la producción en el modo más racional posible» a la vez que desea incrementar el control y por extensión el poder, «recibiendo tratamiento preferencial en términos de estatus en la estructura político-económica» (in Steinhoff, 1976: 45). Dicha sociedad puede incluso, por razones ideológicas, denominarse socialista, «con el fin de manipular las emociones de las masas (...) escondiendo un nuevo tipo de explotación clasista» (id).

La idea profética de los tres «superestados» anuncia ya la geoestrategia de la guerra fría y el «equilibrio del terror» nuclear, conflicto paradójico en el que «no parece posible que ningún [superestado] pueda conquistar a los otros», siendo el verdadero objetivo «la gestión efectiva de la guerra, y el consiguiente incremento de poder y privilegio para la nueva clase dominante». Entendemos así por qué Orwell sitúa en Londres y no en Moscú la acción de su novela: según él, y siguiendo a Burnham, el peligro totalitario no es exclusivo del régimen soviético sino que amenaza a los nuevos superestados, a través de la creación de una clase tecnocrática obsesionada por consolidar su poder y sus privilegios manteniendo a las masas en un estado de miedo e histeria belicista –algo habitual en el «mundo libre», desde la «caza de brujas» maccartista hasta la «cruzada» contra el «eje del mal».

El tratado de Goldstein resultará ser una trampa más del sistema, un elemento de desinformación creado por el propio Partido para atraer en la disidencia a los pocos espíritus inquietos que resisten a la propaganda del régimen. Goldstein, al igual que Gran Hermano, son entidades ficticias, y el

libro que supuestamente desmonta el sistema oceano es obra, entre otros, del propio inquisidor O'Brien. De hecho la formación inversa o de-formación del protagonista –y a través de él, nuevamente, del lector– no se completa hasta la escena crucial en la que es torturado por O'Brien, relectura desesperanzadora del célebre Gran Inquisidor dostoiévskiano. El discurso de O'Brien completa de modo angustioso la educación de Winston, retomando el análisis del falso Goldstein en el punto en que éste se detuviera, es decir el «por qué» del sistema, tras haber explicado el «cómo»: «la motivación original que llevó a la toma del poder y trajo el doblepensamiento, la policía mental, la guerra constante y toda la necesaria parafernalia» (179).

Según O'Brien, el por qué del sistema es su propia perpetuación: «El Partido busca el poder únicamente por el poder (...) El poder no es un medio: es un fin. Uno no establece una dictadura para salvaguardar una revolución; uno hace la revolución para establecer una dictadura. El objetivo de la tortura es la tortura. El objetivo del poder es el poder» (217). Y más adelante concluye con una imagen estremecedora, fuente primera según Orwell de la novela: «Si quieres una imagen del futuro, imagina una bota aplastando una cara humana– para siempre» (220).

Esta visión pesimista del poder deriva de la tradición liberal anglosajona presente también en obras contemporáneas como *El señor de las moscas* de Golding o *El señor de los anillos* de Tolkien. Una de las fuentes reconocidas por Orwell fue la anticipación profética de Jack London *El talón de hierro*, en la que un representante de la oligarquía anuncia al protagonista: «Estamos en el poder. Esa es la palabra. Es la reina de las palabras-poder. Derrámala sobre tu lengua hasta que vibre con ella. Poder (...) Os sepultaremos bajo nuestro talón y andaremos sobre vuestras caras» (in Steinhoff, 1976: 11). En el plano filosófico, la crítica orwelliana procede del análisis maquiavélico de Burnham según el cual «la sociedad está inevitablemente gobernada por una élite oligárquica cuyo único objetivo es mantener su propio poder y privilegio», siendo la ideología «simple mentira, consciente o inconsciente, que cubre la desnuda lucha por el poder» (Steinhoff, 1976: 49).

Corroborando las teorías de O'Brien, el libre albedrío de Winston es aplastado por la lógica totalitaria del poder: tras haber aceptado bajo electroshocks que dos más dos hacen cinco –abdicación total de la razón que retoma irónicamente el eslogan estalinista del Plan quinquenal  $2+2=5$ –, el protagonista es llevado a la terrible habitación 101. Confrontado a su fobia de las ratas –compartida por el autor, quien escribe desde el frente barcelonés: «Si hay algo que odie más que nada es una rata corriendo sobre mí en